

Emilio Beladiez
Marqués de la Conquista Real

Españolas, reinas de Francia

**AYER Y HOY
DE LA HISTORIA**

ÍNDICE

AGRADECIMIENTO	9
PRÓLOGO	11
BRUNEQUILDA	15
CONSTANZA DE CASTILLA	33
BLANCA DE CASTILLA	51
ISABEL DE ARAGÓN	99
JUANA DE NAVARRA	113
BLANCA DE NAVARRA	129
VIOLANTE DE ARAGÓN	139
LEONOR DE HABSBURGO	197
ANA DE AUSTRIA	245
MARÍA TERESA DE AUSTRIA	333
EUGENIA DE MONTIJO	373
BIBLIOGRAFÍA	477

PRÓLOGO

«Car digna n'est de posseder vertus,
qui mal voudroit au royaume de France!»

FRANÇOIS VILLON

La llamada Ley Sálica, a pesar de que nunca existió, sirvió para impedir que las mujeres reinasen oficialmente en Francia.

Pero no pudo evitar que, de hecho, las mujeres gobernasen junto a sus maridos o en nombre de ellos o de sus hijos, por razón de viudedad y regencia en favor de menores o en ausencia de sus consortes.

Entre las muchas extranjeras llegadas a la corona de Francia, las españolas ocuparon un lugar de privilegio por su número, su influencia y sus cualidades individuales, pasando a la Historia por la fuerte huella de sus sobresalientes personalidades. Blanca de Castilla, Ana de Austria, Eugenia de Montijo son figuras cumbres de todos los tiempos que han dejado tras de sí un recuerdo imperecedero en las instituciones del país, en la vida de sus gobernados y en la del mundo en general.

Por causas las más veces puramente literarias, las mujeres españolas han gozado de una fama desmentida por la verdad histórica. Se las ha acusado en bloque de ser unos seres de vida poco menos que vegetativa, recluidas entre los muros de sus casas bajo la tiranía masculina, sin voz para hacerse oír, sin voto para inclinar la balanza de sus destinos.

Pero la verdad es que sin ensayos de rebeldía colectiva, sin movimientos de liberación femenina, sin enfrentarse con los hombres en línea de batalla, las españolas en general y las reinas en especial han jugado un papel de primera magnitud en los muchos siglos que se acumulan desde la Alta Edad Media, tanto en España como en el extranjero. De una de ellas, Isabel la Católica, escribió un historiador

inglés «que ha sido probablemente la más grande de todas las mujeres gobernantes que el mundo haya visto jamás». Y que no han sido pocas.

Cuando las españolas salieron de su tierra para ir a lejanos países, el peso de su personalidad abrumadora deslumbró a quienes las contemplaron y admiró a propios y extraños. Ahí están, entre muchas, Catalina de Aragón en el trono de Inglaterra, las infantas gobernadoras de Flandes en nombre de Carlos V, Felipe II y Felipe III, las madrileñas coronadas con la diadema imperial y las que con frecuencia fueron reinas de Francia.

De todas ellas pudiera decirse lo que el escritor francés escribió de nuestras compatriotas reinas de Francia: «Estamos obligados a los españoles por habernos dado siempre buenas reinas». Y es cierto: entre ellas no hubo una sola de bajos instintos, de conducta antifrancesa, de olvido de sus deberes como esposa, como madre y como reina. Todas dieron, sin ninguna excepción, ejemplo de perfección admirable si se considera que fueron nada menos que diez las españolas que reinaron en Francia a lo largo de quince siglos, es decir, desde los albores hasta el ocaso de la monarquía francesa.

De las diez, solo una, Eugenia la Emperatriz, no era de sangre real. Las demás representan todo el abanico de las casas reales españolas, desde los godos a Navarra, Aragón, Castilla y los Austrias hispanos.

De las diez, cinco fueron madres de reyes de Francia: Brunequilda, Blanca de Castilla, Isabel de Aragón, Juana de Navarra y Ana de Austria. Además, Juana fue madre de tres reyes sucesivos, de modo que, en total, dieron siete monarcas al trono.

De las diez, una, Juana de Navarra, esposa de Felipe el Hermoso, llevó simultáneamente dos coronas, una por derecho propio, la otra por matrimonio.

De las diez, una, Leonor de Austria, fue consecutivamente reina de dos países, Portugal y Francia.

A estas diez reinas por matrimonio, conviene añadir otra española, Violante de Aragón, que si no reinó de derecho, sí fue de hecho la que en nombre del rey sacó a Francia de uno de los más sombríos períodos de su historia.

Hasta tal punto que su yerno, el rey, en prueba de reconocimiento de sus méritos y como agradecimiento a sus servicios, la sentó junto a él en el trono y emitió decretos con el nombre y el refrendo de ella.

Este libro es un intento de divulgación de lo que esas españolas hicieron y un testimonio de admiración hacia quienes tanto honor han hecho a España y a las que bien pudiera aplicarse la frase que Bossuet dirigiera a Luis XIV moribundo: «Dormid en paz, que habéis servido bien a Dios y a Francia».